

La carrera literaria ⁽¹⁾

I



E realiza cada año en Liverpool una carrera de obstáculos, considerada como la más célebre e importante del mundo: el **Grand National Steeplechase**. Toman parte siempre en ella alrededor de sesenta a ochenta caballos, de los mejores en esta clase de pruebas, pero suele ocurrir que no lleguen a la meta sino cuatro o cinco, y todavía que entre éstos no haya ninguno que no hubiere rodado siquiera una vez, para levantarse y seguir corriendo. Es una competencia dura: cinco kilómetros de distancia, con obstáculos de murallas, fosos, cercas, etc. Solamente los animales con gran vocación para el salto, y dotados de una gran fortaleza física, pueden resistirla.

Pues bien, aunque no sea muy correcto comparar a un escritor con un caballo, preciso es establecer que nada se parece más a la carrera literaria que ese clá-

(1) Trabajo leído en la Universidad de Concepción.

sico de obstáculos verificado en Liverpool. Igualmente son muchos los que parten y corren un buen trecho; pero la mayoría van quedando en la ruta y son pocos los que llegan a la meta. Y para dar más evidencia a la semejanza, ocurre también que así como los caballos que parten en primera fila no son los que llegan a término, del mismo modo los escritores más animosos en su juventud son, con raras excepciones, los primeros en abandonar la prueba o en quedarse en rezago.

Vamos a recorrer un período que fué, sin duda, el de mayor actividad literaria en nuestro país, que empezó unos cinco años antes de terminar el siglo XIX y culminó con los certámenes oficiales de 1910, 1911, 1912 y 1913; período que dió poetas como Pedro Antonio González, Carlos Pezoa Véliz, Manuel Magallanes Moure, Julio Vicuña Cifuentes, Max Jara, Jorge González Bastías, Carlos Mondaca, Ernesto A. Guzmán, Samuel A. Lillo, Víctor Domingo Silva, Diego Dublé Urrutia, Luis Felipe Contardo, Gabriela Mistral, autores de cuentos como Federico Gana, Augusto d'Halmar, Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Ernesto Montenegro, Carlos Acuña, Joaquín Díaz Garcés, etc.; novelistas como Guillermo Labarca Hubertson, Luis Orrego Luco, Fernando Santiván, Emilio Rodríguez Mendoza, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Joaquín Edwards Bello, etc.; polígrafos como Benjamín Vicuña Subercaseaux, Marcial Cabrera Guerra, Francisco Conreras, Leonardo Pena, Armando Donoso, Carlos

Silva Vildósola, Miguel Luis Rocuant, etc.; críticos como Pedro N. Cruz, Domingo Melfi, Hernán Díaz Arrieta, Eliodoro Astorquiza y Ricardo Dávila; y, finalmente, humoristas como Armando Hinojosa, Pedro E., Gil, Egidio Poblete, Juan Manuel Rodríguez y el ya citado Díaz Garcés. Es verdad que varios de los principales frutos de ese gran período de actividad vinieron a aparecer después de la primera década del presente siglo, como las novelas «Mirando al Océano», «La Reina de Rapa-Nui», «La Hechizada», «El Hermano Asno», «Casa Grande, etc; así como los mejores poemas de Mondaca, Jara, Magallanes, etc.; pero fué entonces cuando estas obras se gestaron, cuando sus autores cogieron en la lucha ardiente la emulación y el entusiasmo.

Sólo que ese período de gran actividad literaria no vino espontáneamente, nacido de la nada. Hechos importantes lo prepararon. El campo literario es como cualquier terreno agrícola: para que dé algo de provecho es preciso remover la tierra, regarla y abonarla. Aunque ningún artista de vocación vaya guiado por el lucro, sino por un afán perfectamente gratuito, que trajo al nacer y que no lo abandonará sino al morir, el hecho es que para despertar la emulación entre los escritores no hay nada mejor que los certámenes con importantes premios en dinero. Esa emulación vence a la pereza, compañera de casi todos los artistas. Por otra parte, el escritor necesita que se le faciliten los medios para dar a conocer sus producciones, porque

entre ellos son pocos los que poseen medios de fortuna, que les permitan convertirse en sus propios editores. Y, por lo demás, este sistema de auto-edición es pernicioso porque, no teniendo el escritor más control que el de sí mismo, muchas veces publica lo que vale poco, y sobre todo, la gran facilidad para publicar no lo pone en camino de perfeccionarse. Es, pues, más conveniente que sea otra persona, ajena al escritor, quien edite, y que este editor tenga buen gusto y sepa elegir, o, en caso de no tenerlo, que posea el discernimiento necesario para encargarle la tarea a personas entendidas y exigentes,

Naturalmente que ese papel de editores de la producción intelectual chilena sólo pueden desempeñarlo personas de holgada situación económica, ya que ello es empresa arriesgada en países como el nuestro, donde se lee poco. Por desgracia, son escasos los hombres de fortuna que se resuelven a sacrificar parte de sus riquezas en estimular la literatura nacional, y por eso es de justicia grabar con caracteres especiales los nombres de aquellos potentados del dinero, o siquiera de una situación pecuniaria holgada, que algo han hecho en este sentido.

Hay que mencionar, ante todo, a don Federico Varela, que dió una suma importante para el certamen de 1887, que tanta resonancia conserva en nuestra historia literaria. Para que compitieran los mejores escritores residentes en el país, el señor Varela determinó que el primer premio de cada tema fuera de

seiscientos pesos, suma que equivale a unos doce o quince mil pesos de hoy. Y concurren, efectivamente, los mejores, porque uno de los premios lo obtuvo don Eduardo de la Barra, y otro nada menos que Rubén Darío, que se hallaba entonces en Chile. El segundo certamen Varela se verificó en 1897 y los escritores que obtuvieron premios fueron los siguientes: Ricardo Fernández Montalva, Emilio Rodríguez Mendoza, Pedro Pablo Figueroa, Pedro N. Préndez, Diego Dublé Urrutia, Alejandro Parra Mége, Eduardo Grez Padilla y Antonio Bórquez Solar.

En 1888 se realizó también un certamen de novelas patrocinado por el diario «La Unión» de Valparaíso: obtuvo el primer premio «Dos hermanos», por Enrique del Solar y la primera mención honrosa «Flor del campo», por Pedro N. Cruz. La primera murió pronto en la indiferencia, la segunda tuvo gran boga, y es considerada una de las mejores del pasado siglo, lo que prueba que los fallos de los jurados no siempre andan muy en lo justo.

El segundo hombre de dinero que contribuyó grandemente a estimular el trabajo literario antes de 1891, fué don Agustín Edwards Ross, propietario de «La Epoca». Era este un diario como no acostumbramos a verlo ahora: al mismo tiempo periódico informativo y revista literaria. El lector de «La Epoca», mediante el pago de un peso al mes, o de diez pesos al año, se encontraba cada día no sólo con las noticias del país y del extranjero, y comentarios de actualidad, sino con

buenos trozos literarios de los mejores autores nacionales de entonces, y también del extranjero; además, un folletín con una novela de un valor literario: una de Claretie se publicaba el primer semestre de 1887. Durante más de un año fué Rubén Darío uno de los redactores de planta, y después colaborador. En la sección literaria aparecían, además, las firmas de Eduardo de la Barra, Pedro N. Cruz, Narciso Tondreau, Enrique del Solar, Pedro N. Préndez, Sandalio Letelier, Carlos Walker Martínez, Zorobabel Rodríguez, José Victorino Lastarria, Manuel Blanco Cuartín, Ramón Sotomayor Valdés, Claudio Barros, Pedro Balmaceda Toro, Alfredo Irarrázaval, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y otros. Un hermano menor del propietario de este diario, don Arturo, fundó, por su parte, un premio de pintura que se discierne todavía. Su muerte temprana, ocurrida en 1889, dió lugar para que Rubén Darío, ya de vuelta a Centro América, publicara un artículo dedicado a su memoria en «Los Debates» de San Salvador, en que decía:

«Existe en Chile una familia honorabilísima y opulenta que es alivio de los menesterosos, que sostiene hospicios, que enjuga lágrimas, que ampara desgraciados, y que por donde quiera tiene corazones que confortar, vejeces que sostener y bocas que alimentar, de las cuales recoge cosechas de bendiciones. Esa familia es la familia Edwards, la que, según noticia del último vapor, sufre hoy un pesar intenso».

La actividad literaria que estimuló el Certamen Varela y que «La Epoca» mantuvo, fué, naturalmente, apagada por la gran agitación política de 1890, que terminó con la más sangrienta de nuestras revoluciones. No renació sino en 1895, cuando don Juan Agustín Palazuelos fundó el diario «La Ley». El alto espíritu que era Palazuelos dió lugar a que se reunieran a su lado los mejores escritores de la época: Emilio Rodríguez Mendoza, Diego Dublé Urrutia, Antonio Bórquez Solar, Marcial Cabrera Guerra, Pedro Antonio González, Oscar Sepúlveda, Ventura Fraga, Federico Gana, Jorge Hunceus, Pedro Rivas Vicuña, Robinson Bascur Rubio, Carlos Varas Montero, Alejandro Parra, etc., algunos como redactores de planta y otros en calidad de colaboradores. El diario no publicaba sino por excepción literatura, pero no tardó en establecer un Anexo Literario dominical que, dentro de ese carácter, ha sido de lo mejor que hasta ahora ha aparecido en Chile: daba no solamente la producción nacional sino una selección de la literatura de todos los países de habla hispana, especialmente de América.

El mismo año, el 4 de agosto, aparecía «La Revista Cómica», dirigida por Ricardo Fernández Montalva, que contribuyó también grandemente a crear un ambiente literario. Escribieron en ella, durante los dos años que vivió, además del director, que era un inspirado poeta, Gustavo Valledor Sánchez, Emilio Rodríguez Mendoza, Julio Vicuña Cifuentes, Abelardo

Varela, Pedro A. González, Antonio Bórquez Solar, Alejandro Parra, Pedro E. Gil, Horacio Olivos y Carrasco, Alberto Mauret Caamaño y otros.

A comienzos de 1897, el 18 de enero, los hermanos Galo y Alfredo Irarrázaval fundaban «Los Lunes» de «La Tarde», periódico destinado exclusivamente a la literatura, que duró hasta 1903. Allí se inició Augusto d'Halmar, y escribieron muchos que fueron después absorbidos por la política y otras actividades. Esta publicación dió un mayor impulso a la producción literaria mediante su sección «Correspondencia», en que se le daba una opinión sobre sus trabajos a los colaboradores, opiniones rudas e hirientes, redactadas por un periodista amargo. El que llevaba algo sólido dentro de su magín, o venía al mundo armado del necesario tesón, resistía la prueba, el débil moría. A un poeta, por ejemplo, le transmitían este dictamen:

«Me parece que usted haría un gran bien a la humanidad si fabricara versos purgantes, para venderlos en frascos o en cápsulas».

«Apenas empezamos,—le decían a otro,—le divisamos las orejas al burro».

¡Y, sin embargo, es casi seguro que más de una docena de aquellos condenados al ludibrio, siguieron adelante, a pesar de todo, y se conquistaron un puesto en las letras! Luis Ross, que logró un lugar distinguido en nuestra literatura, y que murió joven en España, en donde sus correspondencias a diarios de Chile, fue-

ron publicadas por una editorial de prestigio, confesaba que él había sido uno de los vapuleados por «Los Lunes». En cambio, ni un diez por ciento de los que publicaron con facilidad en ese periódico siguieron en la brecha.

A mediados de 1898, aparecía «La Lira Chilena», revista fundada y dirigida por don Samuel Fernández Montalva, que se había iniciado en «Los Lunes». Se tachó de ordinario o matizado de cursilería al material de este semanario; pero la verdad es que sirvió para que un buen número de escritores se adiestraran en su oficio, porque raros son aquellos cuyos primeros pasos en el arte de escribir no resulten vacilantes o torcidos.

En septiembre de 1899, los hermanos Alejandro y Manfredo Poblete Cruzat fundaron «La Ilustración», revista en la que colaboraron casi todos los literatos de la época, y que después de su primer año de vida era tal vez la de mejor presentación.

El 24 de marzo de 1900, apareció la revista «Luz y Sombra», fundada por don Alfredo Melossi, regidor municipal de Santiago y pintor de afición. En el número 2 se publicó la lista de colaboradores: R. Arestigueta Montero, Eduardo de la Barra, Tomás de la Barra, José María Bengoa, Antonio Bórquez Solar, Ramón Liborio Carvallo, Marcial Cabrera Guerra, Luis Caracuel, Luis E. Chacón, Arturo Fuenzalida, Pedro Antonio González, Miguel A. Gargari, Francisco García Cisneros, Enrique Piccione, Tito V. Lisoni M., A. Mauret Caamaño, Federico Ma-

tas, Aurelio Murillo N., Braulio Navarro, Víctor Rawling, Alfredo Valenzuela Puelma y Carlos Varas M. En los siguientes números aparecen colaborando, especialmente con versos, Ricardo Fernández Montalva, Carlos Lagos, Luis A. Agurto M., Emma Suárez O., Pedro Tomás Parra U., Víctor R. Célis M., Luis Riveros Z., Carlos Soto Alvarez, Alfredo Sanhueza O., Clemente Barahona Vega, Claudio Chamorro, Ignacio Herrera Sotomayor y otros. Al llegar al número 24, septiembre 1.º, se fusionó con «Instantáneas», revista que don Joaquín Díaz Garcés había fundado ese mismo año, y de la que no alcanzaron a aparecer más de diez números. Esta última publicaba también versos, pero de preferencia cuentos y comentarios festivos.

Pero la publicación que produjo mayor revuelo en nuestro mundo literario, la que dió lo mejor, elegido con un criterio sabio y exigente, fué «Pluma y Lápiz», cuyo primer número salió a luz el 2 de diciembre de 1900. Su director y fundador fué Marcial Cabrera Guerra, y en el primer número apareció la lista de colaboradores: Pedro A. González, Gustavo Valledor Sánchez, Carlos Varas M., Benjamín Vicuña M., Ricardo Prieto Molina, Pedro Rivas Vicuña, Federico Gana, Oscar Sepúlveda, Samuel A. Lillo, Jorge Prieto Lastarria y Julio Vicuña Cifuentes.

Meses antes, el 1.º de junio, «El Mercurio», viejo diario de Valparaíso, fundado en 1827, empezaba a editarse también en Santiago, y este hecho iba a ser

de trascendencia para el progreso de la literatura chilena, como veremos en seguida. El propietario de esa Empresa, don Agustín Edwards Mac-Clure, tenía un ejemplo que seguir, de manera que no habría de olvidar las bellas letras. Así fué que contrató para redactores principales a los dos que figuraban como los primeros periodistas de la época, y que eran al mismo tiempo, escritores de vocación, trayéndolos del «Chileno», diario católico-popular: don Carlos Silva Valdósola y don Joaquín Díaz Garcés. Poco después, incluía entre los redactores a un gran humanista, don Emilio Vaisse, que, sobre su pseudónimo «Omer Emeth», empezó publicando artículos de divulgación filosófica y literaria, y luego estableció a firme una crítica literaria seria y orientadora. Hasta entonces, cada libro era saludado por artículos laudatorios suscritos por amigos del autor, o por una diatriba, producto de algún enconado emulador: el juez verdadero no existía. La crítica de «El Mercurio» introdujo el orden entre tanto griterío, y ya se pudo establecer quienes eran los valores reales: el lector sabría a qué atenerse. No tardaron en ingresar otros escritores a la redacción del nuevo diario, como, por ejemplo, Carlos Varas Montero, autor de cuentos y de una novela muy meritoria, que fué destinado a recorrer el mundo en calidad de redactor viajero.

Pero no paró en esto la obra del fundador de «El Mercurio» de Santiago: se fué a Europa y Estados Unidos, estudió por allá lo relativo a revistas, y no

desmayó hasta no traer las maquinarias necesarias, para publicar en Chile lo que fué entonces la mejor revista de Sud América: «Zig-Zag». «Caras y Caretas», de Buenos Aires, era más bien de actualidades. Para que nada fallara, se trajo el señor Edwards de Estados Unidos a un técnico en esta clase de empresas y lo designó gerente; y para director artístico contrató a uno de los mejores dibujantes de Francia, M. Paul Dufresne. Más de medio año antes de aparecer la revista, en 1904, «El Mercurio» abrió un certamen de cuentos, con un premio de doscientos pesos al primero y cien al segundo, con la promesa de adquirir todos aquellos no premiados que fueran dignos de publicarse. Se presentaron más de cien trabajos de esta índole, y en realidad, no hubo escritor chileno que no concurriera, ya que el primer premio era cuantioso: equivalente a unos tres mil pesos de estos días. El fallo se dió en noviembre, y en él se acordaba la división tanto del primero como del segundo premio. Además, se resolvía adquirir otros veinte que habían obtenido mención honrosa. Habían obtenido el primer lugar Guillermo Labarca y Baldomero Lillo, y uno de los segundos la señorita María Viancos Calderón, de Valparaíso. Se pagó veinticinco pesos por los adquiridos, y entre ellos figuraban cuatro de Augusto d'Halmar, y otros de Manuel Magallanes, Víctor Domingo Silva, N. Yáñez Silva, etc. La revista apareció el sábado 11 de febrero de 1905, dirigida por don Joaquín Díaz Garcés y teniendo como secretario

de redacción a Guillermo Labarca. Desde el principio se pagó tanto la colaboración en prosa como la en verso, innovación extraordinaria, pues hasta entonces las revistas vivían con la colaboración gratuita de los muchos aficionados. Este sistema daba lugar a que se publicara todo lo que se estimara literariamente correcto, con lo que la calidad no mejoraba mucho. En «Zig-Zag» se pagó todo, pero también se seleccionó en forma estricta. Esto trajo, naturalmente, un gran avance en cuanto a méritos artísticos de los trabajos publicados. Por otra parte, el estímulo era importante para los escritores perezosos, que son la mayoría, ya que se pagaba entre veinte y treinta pesos por un cuento, lo que equivale a trescientos y cuatrocientos de hoy. Así fué que los más sobresalientes de los literatos de entonces colaboraran en «Zig-Zag»: Pezoa Véliz, Magallanes, d'Halmar, Santiván, Baldomero y Samuel Lillo, Bórquez Solar, Víctor Domingo Silva, Jerónimo Lagos, Francisco Contreras, Miguel Luis Rocuant, Jorge González, Rodríguez Mendoza, Dublé Urrutia, Pedro Prado, Rafael Maluenda, Eliodoro Astorquiza, Leonardo Pena, Federico Gana, Ernesto Montenegro, Antonio Orrego Barros, Luis Orrego Luco, Diego Dublé Urrutia, Ernesto A. Guzmán, Armando Donoso, N. Yáñez Silva, Armando Hinojosa, Pedro E. Gil, Carlos R. Mondaca, etc. La literatura chilena llegaba a su madurez, y empezaron a aparecer libros que habrían de merecer nuevas ediciones, y que se leen todavía.

Cerca de tres años, el 18 de agosto de 1902, se había fundado en Valparaíso, por un señor español de apellido Martínez una revista por el estilo de «Caras y Caretas», pero con menor número de páginas, a la que se dió el nombre de «Sucesos» y que editó la Imprenta y Litografía «Universo». La revista no prosperó mucho, por lo que su dueño la cedió al propietario de la imprenta, don Guillermo Helfmann, quien la puso bajo la dirección de un poeta porteño, don Enrique Villalón y Ogass. Unos tres años después entró a dirigirla Juan Manuel Rodríguez, y figuraba como primer redactor Jorge Gustavo Silva. Este último pasó a desempeñar el cargo de director algún tiempo después. Y en cuanto a la propiedad de esta publicación, fué heredada por los señores Alberto, Gustavo y Carlos Helfmann, los que la vendieron a la Sociedad Imprenta y Litografía «Universo» en 1919. La misma Sociedad adquirió el mismo año la Empresa «Zig-Zag».

El 19 de julio de 1912, apareció una segunda «Pluma y Lápiz», de propiedad de don Arturo d'Alençon y dirigida por Fernando Santiván. En esta revista, que sólo duró unos pocos meses, colaboraron los principales escritores de aquel tiempo.

En la revista «Penumbbras» que empezó a publicarse en Serena en 1907 y que vivió dos años, se iniciaron escritores que después deberían figurar en Santiago.

Digna de especial mención es la revista, impresa a todo lujo por la Litografía Barcelona, que llevó por

título «Chile Ilustrado» y que empezó a publicarse en 1902. Era su propietario don Ignacio Balcells, catalán, y la dirigió Manuel Magallanes. Esa publicación tuvo cuatro años de vida.

Desde enero de 1913, «El Diario Ilustrado» empezó a publicar los Martes una página literaria que dirigían Armando Donoso y Honorio Henríquez Pérez, la que duró hasta junio, inclusive del mismo año. Esta página reunió colaboraciones de los mejores escritores.

Por último, hay que citar «Claridad», semanario de los estudiantes universitarios, cuyo primer número apareció el 9 de octubre de 1920, y en donde se iniciaron Pablo Neruda, González Vera y otros.

Ahora bien, después de haber recorrido «Sucesos» y «Zig-Zag» hasta 1911, inclusive, y las demás publicaciones literarias durante toda su duración, y de haber tomado nota de aquellos que publicaron algún trabajo literario por más de tres veces, hemos formado tres grupos de escritores, como sigue:

1.º Los que sólo colaboraron en esas publicaciones, sin que reunieran sus trabajos en un libro ni continuaran en la brecha. Este grupo lo dividimos en cuatro porciones:

- a) Los que desaparecieron, ya por muerte prematura, o en alguna tarea obscura;
- b) Los que fueron absorbidos por la política;
- c) Los absorbidos por el periodismo; y

d) Los absorbidos por otras actividades profesionales.

2.º Los que se quedaron a medio camino, es decir que alcanzaron a publicar uno o más libros, y luego abandonaron toda actividad literaria, grupo que también subdividimos en tres porciones:

- a) Los absorbidos por la política;
- b) Los tomados por el periodismo; y
- c) Los que se dedicaron a otras actividades profesionales.

3.º Los que han persistido o que no abandonaron la pluma hasta su muerte, o están aún en plena actividad literaria, grupo subdividido igualmente en:

- a) Los que murieron prematuramente;
- b) Los de producción intermitente, con largos lapsos de silencio;
- c) Los de producción constante; y
- d) Los que cambiaron de género literario.

Pero no nos limitaremos a dar nombres: citaremos un trozo de la primera publicación de algunos de aquellos que no continuaron en la fila, para demostrar que pudieron ser algo en el terreno literario si hubieran persistido. Daremos igualmente una muestra del estreno de los que siguieron en la brecha, para que los lectores puedan compararla con la producción posterior y juzgar si progresaron o no.

Tiene, pues, este trabajo dos fines:

- 1.º Demostrar, como dijimos al comienzo, en cuan-

to se parece la carrera literaria al Grand National Steeplechase de Liverpool; y

2.º Poner de manifiesto cuánto se gana en calidad de la producción con la perseverancia.

II

En «Zig-Zag» de diciembre 3 de 1907 aparecieron unos versos titulados «¿Locura?» y firmados por A. Bauzá B. de Concepción, y cuya primera estrofa era la siguiente:

Hoy las almas de los vivos
ruegan por las de los muertos...
y en los sepulcros desiertos
hay recuerdos compasivos...
hoy los labios son esquivos
a toda queja o plegaria,
junto a la cruz solitaria,
que los sepulcros custodia,
murmuran triste salmodia
por el grande y por el paria.

Este poeta, que no mostraba malas disposiciones, siguió colaborando de cuando en cuando en la misma revista, y pasados unos meses desapareció.

En la primera semana de abril de 1897, de «La Revista Cómica», se estrenó Domingo Contreras Gómez con unos versos que tituló «Margarita»:

En la cumbre del Brocken enhiesto
de lúgubre aspecto, solemne y extraño,
al compás de fantástica orquesta
de brujos y brujas retoza el rebaño.

Siguió colaborando en la misma revista, y también publicó en otras de ese tiempo, y luego se esfumó.

En «Zig-Zag» del 17 de junio de 1906, se publicó una carta de un campesino, suscrita con el pseudónimo «Chimbarongo» y con el título «Por primera vez en Santiago»:

«No simajina las ganas que tenía dir a la capital por tanto que la había óido nombrar, hasta que junté unos riales y las eché en la máquina; en toitas las estaciones me apiaba y veida lo que había. En San Francisco me compré dos empanás, pero una me salió mala porque no tenía na de carne aentro sino que la habían llenao con viento y no me la comí na.

«En el carro venían apiñaos como ovejas y había una fortaleza que no se aguantaba y esto que veníamos con toitos los virios abiertos pero venía un hombre guatón que jué contra na abrir las puertas».

«Chimbarongo» — pseudónimo que correspondía a don Enrique Blanco—continuó un tiempo publicando en la misma revista y en el Almanaque que editaba la misma empresa, trabajos por el estilo en que mostraba con toda propiedad y gracia el lenguaje y los modismos campesinos, en lo que después sólo mostraron igual destreza Juan Manuel Rodríguez y Luis Durand; y

un buen día desapareció su producción literaria, aunque no su persona, pues después se le ha visto en el centro santiaguino en compañía de amigos, de buen humor como él.

En «Zig-Zag» de diciembre 16 de 1906 se publicó «Las Cañas», por Eloísa Moya H.:

Las Cañas, pintoresco y hermoso caserío:
¡cuán pródiga Natura contigo se mostró!
Espléndidos paisajes y un delicioso río
que adorna la gaviota y el pato volador.

El amor en su grandeza en ti mejor se admira,
al borde de tus playas se siente más a Dios:
a Dios, a quien Natura pulsando su alta lira
parece alzarle un himno de excelsa admiración!

En varias revistas de aquel tiempo colaboró esta escritora, y a pesar de su progreso manifiesto, no persistió.

Ya dijimos que María Viancos Calderón obtuvo un segundo premio en el sonado certamen de cuentos abierto por «El Mercurio» de Santiago en 1904. Esta escritora era de Valparaíso, y había obtenido antes otros segundos premios o menciones honrosas en concursos literarios. Después de su triunfo en «El Mercurio», escribió algo en «Zig-Zag» y luego desapareció. Según parece, se casó por ese tiempo.

En «Zig-Zag» de marzo 22 de 1908, se estrenó Luis Ortúzar González con «El primer latido»:

Noche fría. La viuda cosiendo
y sumida en ideas amargas,
prosigue la obra, prosigue y suspira
al son de la máquina.

Luis Ortúzar González escribió en esta y otras revistas, y pasados unos meses se obscureció.

Carlos Soto Alvarez publicaba versos casi en todos los números de «Luz y Sombra», escribió también en «Los Lunes» y en «Sucesos», después. Así, en el número de esta última revista de 14 de septiembre de 1911 encontramos «La ola del mar», dedicados a la señorita Mariana Maluenda L., hermana del conocido escritor:

Yo soy una peña
que llora y que sueña,
que azotan las trombas
y nada en las combas
de la ola del mar;
y soy de la noche
el púdico broche
que prende la niebla,
que el ámbito puebla,
a la ola del mar.

Pero, en realidad, ya publicaba muy poco, y luego se hundió en lo desconocido.

El escritor que firmaba C. Vero M. se estrenó con unos versos, «Delirio» en la tercera semana de junio de 1896 de «La Revista Cómica»; siguió publicando en la misma revista, y después colaboró también bastante en «Los Lunes», para desaparecer.

He aquí, finalmente, una lista de los que publicaron algo en las revistas y periódicos mencionados, y que no persistieron:

Luis A. Navarrete, Víctor Atilio Lillo, Antonio Contreras, Germán Munita M., Benjamin Vicuña Solar, A. Castellón Reyes, Dr. Carlos A. Gutiérrez, Aníbal Urrutia Díaz, Salvador Gálvez, Marco Aurelio Tapia, Alberto Kloss Basaure, Roberto Huneus, Emma Suárez O., Claudio Chamorro y Ch., Luis Riveros Z., Luis Lagos y Lagos, Rodolgo González, Ignacio Herrera Sotomayor, José Félix Rocuant Hidalgo, Leoncio Rodríguez Señoret, Hortensia B. de Baeza, Leonor Urzúa Cruzat, Arturo Fuenzalida, Eduardo Concha, Adolfo Quiroz, Luis Martínez Rubio, Deyanira Urzúa Cruzat, Eleuterio Flores Toledo, Víctor Figueroa, Alberto Vengoa, Alberto Masferrer, Ricardo Prieto Molina, Arturo Gutiérrez V., Benigno Maturana, César Muñoz Llosa, Juan Ballesteros Larraín, J. M. de la Fuente, Osvaldo Palominos, María Delfina Hidalgo, Carlos Garrido Merino, S. González A., Agustín Cuevas, Pedro Soto Bulboa, Pedro Tomás Parra U., Pedro A. Macuada Oviedo, M. E. García Zegers, Carlos Lagos, Luis A. Agurto M., José María Bengoa,

Isidoro Vásquez Grille. Aurelio Murillo, Luis Caracuel, Federico Caracuel, Wenceslao Vergara Alvarez, Humberto Peña F., Antonio Enrique Munda-
ca, A. del Valle, L. Carlos Soto Ayala, Néstor Rojas V., C. García Navarro, Oscar Barrera, R. Alvarez Espinosa, Robert de Pre-Hécý, Rodolfo Polanco y varios más.

* * *

Pasemos ahora revista a los de este grupo que fueron absorbidos por la política.

José Ignacio Escobar fué un poeta que publicó mucho en los semanarios de literatura. Lo vemos iniciarse en «Los Lunes» de fines de septiembre de 1899, con unos versos «A mi amada». Nos encontramos con nuevos versos suyos en enero del año siguiente. Pero también escribía en «La Ilustración» y en «La Lira Chilena». Citaremos esta estrofa de unos versos que publicó en mayo de 1901 en «La Ilustración» con el título «El regreso»:

¡Volver por fin! La noche de la ausencia
entre rayos de luz se desvanece
y hoy, como ayer, en el hogar sagrado
el astro del cariño resplandece.

La misma revista abrió un certamen para un himno patriótico, que debería publicarse a mediados de septiembre de 1901. Obtuvo el primer premio su «Ofrenda a Chile», que empieza:

Patria, palabra mágica que encierra
cuanto es querido al corazón del hombre...

Pero, apenas recibido de abogado, fué designado secretario del partido liberal-democrático, y no tardó en ir a la Cámara. En una nueva elección lo derrotaron, y poco después entró en el eterno olvido. Pudo ser un valor en nuestra literatura, porque iba progresando en su producción sucesiva; pero prefirió la notoriedad harto efímera que da lo de pertenecer al Cuerpo Legislativo. Sólo por los versos que hizo podemos recordarlo.

Igual cosa se podría decir de don Pedro Rivas Vicuña, que firmaba «Perdican» sus prosas rítmicas, y que fué uno de los redactores de aquél periódico literario «La Flecha» que apareció en 1894 y que duró pocos meses. (De este periódico no existe colección en la Biblioteca Nacional, según nos informó el jefe de la Sección Chilena, don Raúl Silva Castro). Después escribió en «Los Lunes» de cuando en cuando (en un número de septiembre de 1899 aparece un artículo suyo) y también en el Anexo Literario de «La Ley». Al fundarse «Pluma y Lápiz» por Marcial Cabrera Guerra, su nombre, como hemos visto, aparece en la lista de redactores. Pronto fué conquistado por la política, llegó a ser Diputado, luego Ministro, y la literatura murió en él para siempre.

Don Víctor R. Célis Maturana fué un autor de cuentos. Escribió de preferencia en la revista «La

Ilustración». En el número correspondiente a la segunda semana de mayo de 1901, apareció una especie de impresión «En la Playa»:

«Los pescadores lo repiten y los ancianos lo cuentan a sus nietos; hasta las doncellas de rojos labios que desafían y provocan el atrevimiento de otros labios, lo repiten también, pudorosas y avergonzadas».

En la quinta semana de junio del mismo año, publicó «Funeraria»:

«Elena, la joven pálida y nerviosa, la del mirar profundo, la de los intensos amores castos, tendida sobre el lecho vacila entre el amor y la muerte, mientras el graznido tétrico del buho solitario rasga el aire con ironía salvaje».

Poco después, la misma revista abrió un certamen: él obtuvo el primer premio en prosa con su trabajo «Don José de Echegaray», que fué publicado en la cuarta semana de septiembre. Acaso publicó cuentos unos dos años más; luego empezó a sobresalir como orador en la Asamblea Radical de Santiago, lo eligieron Diputado, después Senador, y concluyó por ser Ministro de Hacienda durante la primera presidencia de don Arturo Alessandri. Caído este Presidente en 1924, desapareció de la política y ha vegetado en el cargo de Subsecretario de Salubridad, olvidado completamente de la literatura.

Don Héctor Arancibia Lazo hizo versos cuando era estudiante. He aquí la primera estrofa de un «In memoriam» publicado en el número 18 de «Pluma y Lápiz» (1901):

El ángel del dolor tendió sus alas
en el risueño hogar;
perdió la dicha sus mejores galas:
¡qué negro es el pesar!

Lo mismo que don Víctor Célis, pronto se distinguió como orador en la Asamblea Radical de Santiago, fué elegido Diputado, luego Senador y llegó a ser jefe de gabinete durante la administración Alessandri. Hoy ocupa un cargo de Consejero en la Corporación del Salitre.

En «Zig-Zag» del 10 de mayo de 1908, aparecen los versos «Mi primera cana», suscritos por Manuel Cabezón Díaz:

Encontré con sorpresa una mañana
envuelta en mis cabellos una cana
y dije para mí:
¿Es posible que ya en mi edad temprana
el tiempo en esta pobre cabellera
sus huellas deje así?

Y al recordar aquello tristemente
he exclamado, pasando dulcemente
la mano por mi sién:
¡No es tan sólo la nieve de los años:
cuando hay penas, dolores desengaños
nacen canas también!

Siguió escribiendo y ya el 11 de diciembre de 1909 de la misma revista nos encontramos con «¡Lucha!, ¡Ama y olvida!» en que ya se nota progreso:

Cuando sentí en mis horas de letargo
mi fuerza poca y mi fatiga mucha,
en torno mío y con acento amargo
oí una voz que me decía: ¡lucha!

Entré a la arena del combate luego,
batí mis armas contra el cruel destino,
y recordando de esa voz el ruego,
seguí siempre luchando en mi camino.

Recibido de abogado, se dedicó a su profesión, ingresó a la Asamblea Radical de Santiago, y ya cerca de los cincuenta años de edad, fué elegido Diputado. Ahora sólo hace versos de ocasión en los banquetes políticos.

Otros que se estrenaron como escritores y que fueron desviados por la cosa pública: los señores Antonio Subercaseaux Pérez, Juan Enrique Concha, Roberto Peragallo, Antonio Pinto Durán y Braulio Navarro.

* * *

Pasemos, en seguida, revista a los absorbidos por el periodismo.

Abundante productor de versos era Oscar Sepúlveda: empezó en «Los Lunes» y en «La Ley», donde

hacía también artículos de «impresiones» y pequeños cuentos. En «La Ilustración» se inició a fines de diciembre de 1901 con «Desde lejos»:

Si, yo esta inmensa soledad bendigo
y el recuerdo de ayer no me devora:
para luchar con mi dolor, señora,
tengo la fe del porvenir conmigo.

Me siento muy feliz. Mi pecho quiere
sufrir y sufre a prisa . . .
¡Sí; desahogo la pena entre la risa!
¡Cuando nace la luz la sombra muere!

En Santiago perteneció a la redacción de «La Ley» y luego a «La Tarde». Después se fué a Antofagasta, en donde continuó en el oficio agotador del periodismo. Por allá lo sorprendió la muerte.

En el número 59 de «Pluma y Lápiz», enero 12 de 1902, apareció un joven poeta porteño, que firmaba Federico E. Zúñiga G., con unos versos de un lirismo diaz-mironiano que titulaba «¡Altivez!»:

¡De pie otra vez para cantar! Sublime
me arrojó al suelo el vendaval que azota,
mas sé el himno jinete que redime
a ejércitos de dioses en derrota!

¡Vuelvo de nuevo a combatir! La suerte
me arrojó al suelo. pero no a la escoria:

¡yo besaré con frenesí la Muerte
y de ese beso nacerá la gloria!

Más adelante, en «Los símbolos», decía:

Los símbolos dibujan su himnica ortopala
en la piel de las rimas, en el hondo satín
del ensueño; campo floreado en el ala
sacrílega y pomposa de un romántico esplín.

Casi no había número de «Pluma y Lápiz» en que este escritor, que después firmaba Federico Zúñiga solamente, no publicara versos de un deslumbrador lirismo. Todo indicaba que iba a ser uno de nuestros grandes poetas. Pero se apagó de un día a otro. Se dedicó a actividades oscuras, hasta que alrededor de 1920 apareció en la revista «Sucesos» en Santiago, trabajó ahí en informaciones policiales; después pasó a «Zig-Zag» como primer redactor, y en esa tarea lo sorprendió la muerte, hará unos dos años.

En «Zig-Zag», de marzo 15 de 1908, apareció Eduardo Grez Padilla con «El Relámpago».

Ya es la hora; ya es la hora...
El Relámpago me espera:
es mi audaz locomotora
que atropella, que devora
en su intrépida carrera,
la distancia abrumadora

de las selvas y los llanos,
ramblas, cumbres, cerros, montes,
valles, faldas y pantanos,
y horizontes y horizontes.

Unos dos años más siguió publicando versos; luego ingresó como cronista a «El Mercurio», lo que dejó para dedicarse exclusivamente a la profesión de abogado, en lo que parece, ganó importantes sumas.

Su hermano Julio apareció en «Sucesos» de 6 de julio de 1911 con una dolora «Los celos»:

Buscando de mi amor la cercanía
hasta su puerta me llegué, temblando.
Alguien con ella había,
pues oí claramente que decía,
con dulce voz y con acento blando:
—¡Mi encanto!... ¡mi embeleso!
Y después del encanto sonó un beso—.

Igualmente desempeñó el puesto de cronista en «El Mercurio» un tiempo, y después no se supo de su vida.

Julio C. Barrenechea apareció en «Zig-Zag» de 8 de julio de 1906 con «Tus ojos»:

Aun contemplo tu airoso porte cuando desfilas
como una blanca visión bajada desde la altura,
desparramando las pedrerías de tus pupilas
sobre las almas que se estremecen con tu hermosura.

Como los dos anteriores, fué cronista de «El Mercurio» por un tiempo, y después desapareció en otras actividades. Su hijo del mismo nombre resultó, como se sabe, un gran poeta, que obtuvo el premio municipal de poesía en 1936. Pero lo cogió la política, fué al Congreso en 1937, y ahí continúa todavía, con gran perjuicio para su porvenir literario.

En el número 9, 13 de septiembre de 1912, de «Pluma y Lápiz», nos encontramos con un poema en prosa de Jorge E. Silva S., que ya había hecho labor literaria en Talca, su pueblo natal: «La divina embriaguez»:

«Gentil vendimiadora, pica tanto el sol de este verano y están tan doradas las uvas en la parte verde, que me dan unas ansias de sentir jugo de frutas en la boca reacia. Vendimiadora, acerca tus labios».

Poco después ingresó como colaborador en «El Diario Ilustrado», se fué, luego, a «La Unión» de Valparaíso, de la que llegó a ser director. Andando el tiempo, adquirió «La Discusión» de Chillán, que dirigió varios años. Ahora está como jefe de la sección comercial del «Ilustrado». La literatura, al desván de los trastos inútiles.

En la antología «Selva Lírica» publicada en 1917, se incluían versos de Gabriel de León, firma que corresponde a Julio Arriagada, actual director de «Zig-Zag». Copiamos de «¡Resurrexit!...»:

Amiga: al exorcismo doliente de tu mano
he roto los altares de mi culto profano.
Los ídolos—la Muerte y el Amor—han caído
de bruces a la huesa sin fondo de mi olvido.

Dejó Arriagada los versos para ingresar a la crónica de «El Mercurio»; se fué en seguida a Buenos Aires, en donde trabajó como redactor de «Crítica»; a su regreso, lo nombraron subdirector de «Las Últimas Noticias», de donde pasó a su actual cargo.

En «Zig-Zag» de 26 de enero de 1908, se publicó en «La Tarde», firmada E. de la Barra Orellana y fechada en Concepción:

Despiden tus cabellos al sol poniente
destellos purpurinos de sangre y oro;
y hay reverberaciones sobre tu frente
de aquella angustia tuya que tanto adoro.

En el mismo número se publicó un cuento suyo titulado «El amor a la muerte»:

«Oid como murió el muchachó aquel que veíais pasar todas las tardes con el libro bajo el brazo, con la tristeza en los ojos soñadores y con un puñado de cabellos negros que, como un rayo de sombra, parecía querer escaparse por debajo del sombrero de aquella cabeza donde bullían tantas cosas imposibles y bellas».

Continuó publicando versos y cuentos en la misma revista, más de los segundos, y un buen día se apagó.

Parece que lo cogió el periodismo en Concepción. Actualmente es redactor en «La Nación» de Santiago.

Hay que agregar a éstos a Manuel Tulaud, que triunfó en un concurso de cuentos de «La Ilustración», que publicó otros trabajos de la misma índole, pero que se agotó como cronista de «El Ferrocarril»; a Alberto Brandán que publicó versos en Santiago y en Valparaíso y que llegó a ser propietario de un diario de Iquique, y a Luis Enrique Carrera, que se estrenó en «Sucesos» de 1906 con unos versos enviados desde Quillota.

El segundo «Pluma y Lápiz», de 30 de agosto de 1912 le publicó «Interior» enviado de Valparaíso:

En un hondo silencio, bajo la luz serena
dejamos que las horas prosigan su rodar,
ella lee, yo escribo, mas de pronto resuena
su dulce voz que entona melodioso cantar.

Según nuestras noticias, actualmente trabaja en «La Nación» de Buenos Aires.

(Continuará)